

Lunes

10ª semana del Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 1,1-7

¹ Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a la iglesia de Dios que está en Corinto y a todos los creyentes de la provincia entera de Acaya. ² Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor.

³ Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de todo consuelo. ⁴ Él es el que nos conforta en todas nuestras tribulaciones, para que, gracias al consuelo que recibimos de Dios, podamos nosotros consolar a todos los que se encuentran atribulados. ⁵ Porque si es cierto que abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, no es menos cierto que Cristo nos llena de consuelo. ⁶ Si tenemos que sufrir es para que vosotros recibáis consuelo y salvación; si somos consolados es para que también vosotros recibáis consuelo y soportéis los mismos sufrimientos que nosotros padecemos. ⁷ Y lo que esperamos para vosotros tiene un firme fundamento, pues sabemos que si compartís nuestros sufrimientos compartiréis también nuestro consuelo.

➡ La segunda carta de Pablo a los Corintios sale de Éfeso a finales del año 57. Esa fecha se sitúa en un pe-

riodo afligido por repetidas preocupaciones, desilusiones, angustias, gravísimas persecuciones sobre la aguda y vibrátil sensibilidad de Pablo, entre las que figura la sublevación que le obliga a huir de Éfeso y el primer arresto en Jerusalén en la fiesta de pentecostés del año 58. También la comunidad de Corinto –al menos algunos personajes de la misma– tuvo reprobables responsabilidades en las tristezas del apóstol, fundador de esta Iglesia: denigraciones, malentendidos, conflictividad, crisis éticas. De ahí que también la actual segunda carta a los Corintios pueda considerarse escrita –como una precedente que se da por perdida– «con gran congoja y angustia de corazón, y con muchas lágrimas» (2 Cor 2,4). Con todo, los corintios también le habían procurado alegrías, en particular el «éxito» de aquella carta dura, o sea, la respetuosa reconciliación y recuperación de la confianza recíproca. Por eso reconoce el consuelo que le viene del mismo Dios y que es posible transmitir a los hermanos. Los versículos que siguen (8-11, omitidos en el leccionario) enumeran algunos sufrimientos padecidos y liberaciones obtenidas también a través de la oración de muchos.

Evangelio: Mateo 5,1-12

En aquel tiempo, ¹ al ver a la gente, Jesús subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos. ² Entonces comenzó a enseñarles con estas palabras:

³ Dichosos los pobres en el espíritu, porque suyo es el Reino de los Cielos.

⁴ Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará.

⁵ Dichosos los humildes, porque heredarán la tierra.

⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed de hacer la voluntad de Dios, porque Dios los saciará.

⁷ Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.

⁸ Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios.

⁹ Dichosos los que construyen la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

¹⁰ Dichosos los perseguidos por hacer la voluntad de Dios, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

¹¹ Dichosos seréis cuando os injurien y os persigan, y digan contra vosotros toda clase de calumnias por causa mía. ¹² Alegraos y regocijaos, porque será grande vuestra recompensa en los cielos, pues así persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

➔ Según la redacción del evangelista Mateo, el llamado «sermón del monte» constituye el auténtico exordio de la enseñanza del joven *rabí* itinerante Jesús de Nazaret. En él anticipa el estilo de su magisterio, innovador, promocional, explosivo, que configura el germen de posteriores erupciones y maduraciones. Admitiendo que las *bienaventuranzas* y el comentario a las mismas pertenezcan a una sola acción didáctica, se trataría del primer discurso articulado de Jesús y del informe más extenso de los cronistas sinópticos (en efecto, sólo Jn 13-17 lo supera en amplitud de lenguaje).

Las notas de Mateo refieren palabras anteriores pronunciadas por Jesús en público, fundamentales aunque sucintas, como las iniciales del «*arrepentíos, porque está llegando el Reino de los Cielos*» (Mt 4,17), y aquellas con las que llamó a los primeros discípulos: «*Seguidme*» (4,19); se trata de un esbozo del seguimiento: «discípulo» coincide con «bienaventurado». Esta interpretación de los desarrollos magisteriales de Jesús, en la línea de las conexiones o de la progresión, equivale a afirmar que, en el principio de toda vocación cristiana, se encuentra la conversión a las bienaventuranzas evangélicas.

cas (prescindiendo de si el discípulo tiene o no mucha conciencia y de la calidad del seguimiento, que irán progresando).

Que el adjetivo sustantivado «bienaventurado» equivale a la denominación de «discípulo» que aparece en el evangelio es algo que se puede deducir también de la estadística lexical. De los tres sinópticos, Mateo y Lucas emplean no menos de catorce veces cada uno la palabra traducida al griego por *makários* y al latín por *beatus* (que aparece en singular y plural, masculino y femenino) y la sitúan en contextos compatibles con los atributos y el carácter visible del seguimiento (excepto en un par de situaciones paradójicas). Las nueve bienaventuranzas enumeradas por Mateo configuran la pluralidad de los aspectos de la identidad del discípulo, unificada en la unicidad de la referencia a Dios (y en primer lugar al Espíritu, que hace comprender y obrar), así como a su Reino.

En la continuación del sermón se encuentran una serie de explicitaciones operativas preanunciadas en los nueve aforismos de presentación del proyecto evangélico.

MEDITATIO

Esta semana litúrgica y la siguiente están iluminadas por los pensamientos que el apóstol Pablo nos confía en la segunda carta a la comunidad cristiana de Corinto; y están animadas por el desafío lanzado por Jesús a los discípulos con el «sermón del monte», o sea, con las nueve bienaventuranzas y el comentario a las mismas según la redacción del evangelista Mateo (capítulos 5-7).

Precisamente el estilo de *desafío* constituye el elemento de convergencia entre los dos mensajes: un desafío parte de la *imagen* paulina del siervo del Evangelio, trazado con el robusto orgullo autobiográfico del «após-

*tol de Jesucristo por voluntad de Dios»; el otro es el desafío de la *identidad* del discípulo evangélico, colocado por Jesús, más allá de lo ordinario, en la dimensión de la bienaventuranza.*

El comienzo de la carta de Pablo y el del sermón de Jesús coinciden asimismo en el anuncio y en la experiencia de una *felicidad*. El apóstol Pablo identifica la felicidad con el *consuelo* recibido como don de Dios, Padre misericordioso, y compartido con los hermanos. El maestro Jesús identifica la felicidad con la *bienaventuranza* como conciencia de unos dones confiados a él en cuanto persona humana convertida en «discípulo». Esta felicidad se puede traducir mediante los matices de algunos sinónimos: alegría, serenidad, exultación, bienestar, fortuna, consuelo y bienaventuranza precisamente. La felicidad es anhelo inagotable e insaciable del corazón humano: un corazón individual, colectivo, universal.

ORATIO

«Gustad y ved qué bueno es el Señor; dichoso el que se acoge a él» (del salmo responsorial). Te bendecimos, Señor, en todo momento porque tú mismo has querido ser nuestro refugio y en ti encontramos nuestro consuelo. En nuestra boca, Señor, florece siempre tu alabanza, porque tú nos has enseñado los caminos de las bienaventuranzas, un camino que recorre el que se refugia en ti.

Te damos gracias, Señor, Dios nuestro, por el camino de la pobreza iluminada por el Espíritu; gracias por el camino de la aflicción serenada por los consuelos recibidos; gracias por el camino de la mansedumbre y de la paz frecuentada por tus hijos; gracias por el camino de la justicia espaciada por la experiencia de tu gracia que nos sacia; gracias por el camino de la misericordia ale-

grada por el compartir la misericordia; gracias por el camino de la pureza de corazón orientada a visiones divinas; gracias por el camino de las cruces custodias de las huellas de tu Hijo crucificado, Jesucristo el resucitado, que ahora vive glorioso por los siglos eternos. Amén.

CONTEMPLATIO

Aquellos que anhelan y desean ser consolados por Dios [...] poseen ya, sin duda, un gran motivo de consuelo en el solo hecho de que piensan desear y anhelar ser consolados por Dios. Este propósito suyo puede ser muy bien causa de gran consuelo por una razón especial. Antes que nada, están buscando el consuelo donde no tienen más remedio que encontrarlo, puesto que Dios *puede* darles el consuelo y se lo *quiere* dar. Lo puede, porque es omnipotente; lo quiere, porque es bueno y porque él mismo lo ha prometido: «*Pedid y se os dará*» (Mt 7,7).

El que tiene fe –y el que quiere ser consolado debe tenerla por fuerza– no puede dudar de que Dios mantendrá su promesa. Por eso, digo, tiene un firme motivo de consuelo al pensar que anhela ser consolado por Aquel que, como le garantiza su fe, no dejará de consolarle (Tomás Moro, *Il dialogo del conforto nelle tribolazioni*, 3 [edición española: *Diálogo de la fortaleza contra la tribulación*, Ediciones Rialp, Madrid 1988]).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Dichosos los que están tristes, porque Dios los consolará*» (Mt 5,4).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La opción por la pobreza, con la renuncia a la ambición del tener, implica la pérdida de nuestra propia reputación. En un sistema basado en la posesión del dinero, el pobre sólo merece desprecio; por consiguiente, a quien voluntariamente elige la pobreza se le considera sólo como un loco. Ahora bien, precisamente en eso que, a los ojos de la sociedad, es considerado como *escándalo* e *insensatez* se manifiesta «*el poder de Dios*» (cf. 1 Cor 1,18-23). La cruz se convierte así en el paso inevitable e indispensable para los «pobres-perseguidos» que permanecen fieles a Jesús en el camino de la verdad hacia la libertad (cf. Jn 8,32). Sólo quien es completamente libre puede amar de verdad y ponerse al servicio de todos (cf. 1 Cor 9,19; Mt 18,1-3). Perder la propia reputación es el único modo de ser totalmente libres y, en consecuencia, animados plenamente por el Espíritu (cf. 2 Cor 3,17). Y el leño de la cruz, de estéril instrumento de destrucción del hombre, se transforma en el vivificante «*árbol de la vida*» (Ap 2,7; cf. Gn 2,9) que alimenta en el creyente la savia vital que le permite llevar a cabo el proyecto de Dios sobre el hombre: «*Sed, pues, perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*» (Mt 5,48; cf. Ef 4,13) (A. Maggi, *Padre dei poveri...*, Asís 1995, pp. 182ss).

Martes

10^a semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 1,18-22

Hermanos: ¹⁸ Dios es testigo de que nuestras palabras no son un ambiguo juego de síes y noes. ¹⁹ Como tampoco Jesucristo, el Hijo de Dios, a quien os hemos anunciado Silvano, Timoteo y yo, ha sido un sí y un no; en él todo ha sido sí, ²⁰ pues todas las promesas de Dios se han cumplido en él. Por eso el amén con que glorificamos a Dios lo decimos por medio de él. ²¹ Y es Dios quien a nosotros y a vosotros nos mantiene firmemente unidos a Cristo, quien nos ha consagrado, ²² nos ha marcado con su sello y nos ha dado su Espíritu como prenda de salvación.

➔ La perícopa de hoy constituye un fragmento reducido del contexto autobiográfico en el que Pablo vuelve a evocar hechos recientes conocidos de los corintios y, sobre todo, reivindica la corrección y la honestidad de su propio comportamiento en todas partes y cada vez más respecto a ellos (vv. 12-17, omitidos por el leccionario). El *incipit* del fragmento se conecta con el amago de orgullo de hace poco, referido a la criticada modificación del viaje a Corinto: «*Al proponerme esto, ¿obré*

con ligereza? ¿Creéis que me lo propuse con miras humanas, jugando arteramente con el sí y el no?». El estribillo de los adverbios inconciliables «sí»-«no» parece agradarle a Pablo, convencido de que el eco no resbalará de manera ineficaz sobre la receptividad de sus lectores. Es probable que el apóstol aprendiera de Jesús este aforismo recogido del evangelio: «Que vuestra palabra sea sí cuando es sí, y no cuando es no» (Mt 5,37: en las lecturas del sábado próximo). También el apóstol Santiago emplea el mismo dicho de Jesús (cf. Sant 5,12).

El orgullo de Pablo se levanta sobre constataciones realistas relativas a su propia identidad. Él es «apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios» (2 Cor 1,1); en la comunidad de Corinto es un colaborador, no un déspota (v. 24); comparte la confirmación por parte de Dios en Cristo (v. 21), hecha visible en el bautismo que transformó su propia personalidad, como él mismo recuerda (Hch 22,16; 26,15ss y contextos); hace uso de su patrimonio personal de la «unción», del «sello», de la «prenda del Espíritu» (v. 21ss). Estas tres palabras perfilan –a la luz de pasajes paralelos, por otra parte no apodícticos– la *misión* de la evangelización injertada en la de Cristo (Lc 4,18), la *participación* en la identidad sacerdotal del mismo Cristo (Jn 6,27: interpretación «eucarística»), algunos *carismas* en los que el Espíritu se muestra generoso y que para Pablo son el apostolado, el ministerio, la Palabra, la enseñanza (Rom 12,5-7), así como el carisma más grande, a saber: la caridad (1 Cor 13,13). Esa caridad que el apóstol muestra precisamente también a los hermanos de Corinto (2 Cor 2,8-11: versículos no recogidos por el leccionario).

Evangelio: Mateo 5,13-16

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹³ Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se

salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres. ¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. ¹⁵ Tampoco se enciende una lámpara para taparla con una vasija de barro, sino que se pone sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. ¹⁶ Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres, para que, al ver vuestras buenas obras, den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

➔ Esta perícopa evangélica se puede interpretar como comentario y ejemplificación –en la que el mismo Jesús se compromete– de los nueve aforismos introducidos por el adjetivo sustantivado «bienaventurados» (los llamados *macarismos*). La primera concretización de la bienaventuranza evangélica es la conciencia que deben tener los discípulos de ser «sal de la tierra» y «luz del mundo». El «vosotros» con el que comienzan los dos períodos interpela precisamente a los discípulos, interlocutores próximos a Jesús y distanciados del anonimato de la muchedumbre.

El «sermón del monte», a diferencia de otros contextos, es el único sitio en el que Jesús adopta la alegoría para representar la identidad de su discípulo. Y es también el único contexto en el que emplea el vocablo «sal». La imagen de la «luz», en cambio, se repite en la enseñanza de Jesús y en el vocabulario del Nuevo Testamento, señaladamente en la perspectiva cristológica, en la que resultan esenciales al menos un par de citas: la autobiográfica de Jesús («Yo soy la luz del mundo»: Jn 8,12; cf. 12,35.46), y aquella otra de la fe eclesial convencida de que «la Palabra era la luz verdadera, que con su venida al mundo ilumina a todo hombre» (Jn 1,9), o sea, el Verbo de la vida, luz que brilla en las tinieblas.

Así pues, la alegoría de la *sal* parece tener una identidad autónoma. Forma parte de la responsabilidad autónoma del discípulo ser sal de la tierra, es decir, transfe-

rir al orden de las acciones humanas y evangélicas las características de la sal: dar sabor, conservar, purificar o preservar. Ahora bien, es una responsabilidad autónoma con riesgo: la sal puede perder su propia cualidad (si seguimos el aviso de Jesús, en verdad un tanto forzado, puesto que, de por sí, la composición química de la sal permanece íntegra si no es manipulada)y, al perder también su propia utilidad, se vuelve inservible. La alegoría de la *luz* infunde en el discípulo la seguridad de ser reverbero de una luz que no se extingue ni traiciona la propia naturaleza luminosa y la finalidad del iluminar: el discípulo es reverbero de la luz verdadera que es Cristo.

Salar e iluminar son un *servicio* que Jesús confía a los discípulos. Esa confianza se transforma en certeza de bienaventuranza para los discípulos: «*Bienaventurados vosotros, que sois sal de la tierra y luz del mundo*».

MEDITATIO

«*Dichosos los que tienen un corazón limpio, porque ellos verán a Dios*» (Mt 5,8) es la bienaventuranza sobre la que se desarrolla la alegoría evangélica de la luz. El *ver* tiene necesidad de la *luz*. Jesús, el Señor, es luz (cf. 1 Jn 1,5.7). Del corazón –la interioridad individual– purificado e iluminado procede la interpretación de nosotros mismos como testigos de la luz que es Dios, que es Cristo, que son los dones divinos (Sant 1,17). La conciencia de tal testimonio nos exhorta a la vigilancia del siervo evangélico, de modo que no se demore en saborear elogios dirigidos a sí mismo; no ha de orientar la atención de los otros a él, sino a la Fuente de la luz y al origen de todo don.

Una evidencia de que damos testimonio de la luz de Cristo es la *coherencia*, ese ser «sí» escandido por el

apóstol Pablo en sintonía discipular con Cristo, el cual no fue «sí» y «no», es decir, ambigüedad, penumbra, incoherencia, sino que «*en él todo ha sido sí*». La prueba evidente de que damos testimonio de la luz del Espíritu es la *custodia* y la *activación* de esos dones a los que Pablo alude como cualidad de la propia personalidad que los ha recibido como prenda del Espíritu.

En nuestros días, el testimonio radical perfilado en el marco de la perícopa paulina y la identidad discipular ejemplificada en la alegoría evangélica de la sal y de la luz se concentra en la frecuentada y preciosa palabra «visibilidad». Ahora bien, la Palabra de Jesús no permite equívocos: no se trata de la visibilidad de ti mismo o de tus bondades, sino que la visibilidad del Padre que está en el cielo –o sea, de cuanto es él y de él recibe la vida, empezando por Cristo– es el servicio que te cualifica como discípulo y te premia con la bienaventuranza evangélica.

ORATIO

«Haz brillar, Señor, tu rostro sobre tu siervo» (del salmo responsorial). La visión de tu rostro, Señor, es maravillosa: reflejar en él nuestro rostro es nuestra nostalgia cotidiana.

Te damos gracias porque, con la Palabra de Jesús, tu Hijo, nos animas a hacer visible en esta tierra, a través de nuestras obras buenas, tu gloria, Padre que estás en el cielo, que eres amor y misericordia, que iluminas con tu Palabra revelada y que inundas de alegría a cuantos aman tu nombre. Salvaguardanos de la despreocupación y del indiferentismo insípido, de la ambigüedad enredadora y de la incompletitud opaca en nuestro servicio al Evangelio. Perdónanos la estimación excesiva de nuestra personalidad de creyentes y la valoración maxi-

malista de nuestras buenas acciones. Escucha estas invocaciones, para que, a través de Jesucristo, suba a ti, oh Dios, nuestro «amén», nuestro «sí».

CONTEMPLATIO

¿Acaso está dividido Jesucristo? (1 Cor 1,13). A buen seguro que no, puesto que es un Dios de paz y no de división (1 Cor 14,33), como iba enseñando san Pablo por todas las iglesias. En consecuencia, no es posible que en la verdadera Iglesia haya discordia o que esté dividida a causa de la credibilidad y de la doctrina, porque, de este modo, Dios dejaría de ser el artífice y el esposo y, como un reino dividido en sí mismo (cf. Mt 12,25), tendría fin.

En cuanto Dios se adquiere un pueblo, como ha hecho con la Iglesia, le concede de inmediato la unidad de corazón y de camino. La Iglesia no es más que un cuerpo del que los fieles, bien trabados y unidos por medio de todos los ligamentos (Ef 4,16), son miembros; no hay más que una fe y un espíritu que anima a este cuerpo. Dios se encuentra en su lugar santo, hace que su casa esté habitada por personas del mismo género e inteligencia (Sal 68,6ss); por consiguiente, la verdadera Iglesia de Dios debe estar unida, ligada, conjuntada y estrechada al mismo tiempo por una misma doctrina y un mismo depósito de la fe (Francisco de Sales, *Controversie*, Brescia 1993, p. 122).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres para que den gloria a vuestro Padre» (cf. Mt 5,16).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Habéis pensado alguna vez que lo primero que se puede decir de la sal es que se disuelve, que se funde, que se confunde? Es más, si no se funde, la comida no está buena. «*Vosotros sois la sal*», debéis desaparecer, confundiros. Primero está la imagen de lo que desaparece y después de lo que se ve: vosotros sois la sal que desaparece, vosotros sois la luz que aparece. ¿Veis la mecánica, la dialéctica? Lo primero que puede decirse de la sal es que se disuelve, y cuanto más se disuelve más sabor da, más da sentido a la vida, más da gusto; del mismo modo que el gusto de la comida, el gusto de la vida depende siempre de la sal. A continuación, conserva, preserva, desinfecta, mata los microbios, cicatriza las heridas, purifica. «*Vosotros sois la sal de la tierra*».

Señor, ¡qué valor! Cuanto más se cumple esto, más se cumple la segunda imagen: «*Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria*». He aquí apenas una huella de las indicaciones para reflexionar, para meditar y para esperar que todo esto se cumpla (D. M. Turroldo, *Oltre la foresta delle fedi*, Casale Monf. 1996, pp. 139ss).

Miércoles

10^a semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 3,4-11

Hermanos: ⁴ Esta confianza que tenemos en Dios nos viene de Cristo. ⁵ Y no presumimos de poder pensar algo por nosotros mismos; si algo podemos, se lo debemos a Dios, ⁶ que nos ha capacitado para ser ministros de una alianza nueva, basada no en la letra de la ley, sino en la fuerza del Espíritu, porque la letra mata, mientras que el Espíritu da vida.

⁷ Y si aquel instrumento de muerte que fue la ley, grabada letra a letra sobre piedras, se proclamó con tal gloria que los israelitas no podían mirar fijamente el rostro de Moisés a causa de su resplandor –que era pasajero–, ⁸ ¡cuánto más gloriosa será la acción del Espíritu! ⁹ En efecto, si lo que es instrumento de condenación estuvo rodeado de gloria, mucho más lo estará lo que es instrumento de salvación. ¹⁰ Y así, lo que fue glorioso en otro tiempo ha dejado de serlo, eclipsado por esta gloria incomparable. ¹¹ Porque si lo pasajero fue glorioso, mucho más lo será lo permanente.

➡ Tras sobrevolar la totalidad del capítulo 2 y los tres primeros versículos del capítulo 3 –una perícopa marcadamente autobiográfica y confidencial, sobre todo en lo referente a los sentimientos y emociones personales–,

la partida *ex abrupto* del leccionario exige el pensamiento del apóstol Pablo inmediatamente precedente: «*Sois una carta de Cristo redactada por nosotros y escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, es decir, en el corazón*» (v. 3). Semejante conexión ilumina la naturaleza de la *confianza* que tiene Pablo, que permanecería incierta en la incertidumbre del adjetivo «esta» que abre el pasaje de hoy. Se trata de una confianza compuesta, entremezclada: confianza en sí mismo en cuanto servidor del Evangelio; confianza en los hermanos de la comunidad de Corinto, más dúctiles y disponibles para recibir los mensajes –pese a las incomprendiones transitorias– que un pergamino con tinta, y con un corazón palpitante y sensible; confianza en el Dios vivo, en Cristo, en el Espíritu.

En este punto abandona Pablo –por ahora– la aspe-
reza y la insistencia en volver a abrir heridas, y emprende un vuelo alto –por ahora–, exteriorizando la con-
vencida y ventajosa comparación entre la alianza antigua (la de la «*letra que mata*») y la alianza nueva (la del «*Espíritu que da la vida*»). Pero no desmiente el orgullo que le proporciona su identidad. Es consciente de sus propias *capacidades* y de la relevancia de su personalidad de «ministro apto»; con todo, reconoce que esa individualidad ha sido plasmada por Dios. Semejante consideración de sí mismo, junto con la admisión de una evolución personal, recuerda el paso del monolitismo perentorio, conquistado con mucha escuela y un enorme celo por aquel que fue Saulo, al realismo humilde de aquel en que se ha transformado Pablo. Él mismo confiesa de manera repetida su paso o «conversión»: recurriendo a las fuentes autobiográficas, además de a otros recuerdos (incluso a esta segunda carta a los Corintios: capítulos 11-12, referidos en parte en las lecturas de los próximos días), queda iluminada la identidad del «*Dios*» –nombrado en el v. 5– del que procede

la «*capacidad*» del apóstol. *Dios es el Padre* que le llamó con su gracia y le reveló a su Hijo (Gal 1,15ss): *Dios es Jesús*, el Señor que le deslumbra, le fascina, le envía como testigo (Hch 22,8.21; 26,15ss); *Dios es el Espíritu Santo* que también le reserva para sí, en vistas a su obra de apostolado (Hch 13,2ss). Pablo activa la «*capacidad*» que le ha sido dada dedicándose enteramente al apostolado de la nueva alianza, permanente y definitiva, consumación de la antigua, gloriosa pero efímera.

Evangelio: Mateo 5,17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁷ No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la Ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias. ¹⁸ Porque os aseguro que, mientras duren el cielo y la tierra, la más pequeña letra de la ley estará vigente hasta que todo se cumpla. ¹⁹ Por eso, el que descuide uno de estos mandamientos más pequeños y enseñe a hacer lo mismo a los demás será el más pequeño en el Reino de los Cielos. Pero el que los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los Cielos.

➡ El respeto a la ley por parte de Jesús corresponde a la actitud normal de cualquier judío. En su casa paterna (y materna) aprendió desde pequeño a someterse a la ley (Lc 2,22-24.39-40.41-42.52). Su postura en la función de *rabí* confirma su propia «cultura», respetuosa con todos los detalles de la ley. La perícopa de hoy constituye una confirmación verbal de lo que decimos. Si esta perícopa fuera un dicho aislado de cualquier docto rabino, éste habría sido etiquetado de tradicionalista, fariseo, legalista, maximalista.

Las palabras de Jesús, engastadas en el proyecto evangélico de las bienaventuranzas, tienden precisamente al *maximalismo*. Este vocablo es moderno, no pertenece al lenguaje bíblico; sin embargo, en un sen-

tido positivo, algunos aforismos como los que constituyen estas palabras evangélicas están impregnados claramente de maximalismo. El género literario de la contraposición entre lo «mínimo» y lo «grande», y la evidente preferencia por lo «grande» no dejan dudas sobre la *filonomía* (amor a la ley) por parte de Jesús, que se manifiesta aquí como un verdadero «maximalista».

En efecto, Jesús no teorizó nunca sobre la desobediencia a la ley, nunca instigó a la transgresión de la misma. Personalmente, nunca fue cogido contraviniendo lo más mínimo los preceptos de la Torá, a diferencia de sus discípulos, acusados de no lavarse las manos tal como mandaba la ley (Mt 15,2), o cogiendo espigas y comiendo sus granos en el día inviolable del sábado (12,1ss). A decir verdad, se alegaron contra Jesús acusaciones de subversión y sublevación, por otra parte genéricas y en absoluto detalladas (Lc 23,2.14); fue descalificado también como alguien que no observaba el sábado y que, por consiguiente, no podía venir de Dios (Jn 5,16.18; 9,16), pero los que hicieron esas cosas no sabían que «*el Hijo del hombre es señor del sábado*», no querían admitir que no es el hombre el que ha sido hecho para el sábado, sino el sábado para el hombre (cf. Mt 12,8; Mc 2,27).

No existe contradicción entre las palabras y los hechos de Jesús. La posición innovadora de Jesús en relación con la ley es su *consumación*. El texto griego del v. 17 (traducción más antigua) utiliza la forma verbal *plerôsai* (en latín, *adimplere*), que transmite un proyecto de plenitud, de maximalismo precisamente. La «consumación» de la ley, con la convicción y con el estilo de Jesús, es el empleo de ésta, dentro de los límites de una libertad madura, para el servicio de la persona humana, para la consumación de un proyecto de vida, en vistas a la realización de nuestra propia persona y de una comunidad social.

MEDITATIO

El apóstol Pablo afirma de una manera decidida: «*La letra mata, mientras que el Espíritu da vida*» (2 Cor 3,6). El rabí Jesús afirma de un modo resuelto: «*No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la Ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias*» (Mt 5,17). La contradicción verbal entre ambas posiciones magisteriales es evidente. La convergencia entre ambas se sitúa en la superación de la dicotomía formal, más allá de la superficie lexical, en la profundidad esencial del Evangelio, del que primero Jesús y, después, Pablo son pregoneros. La esencia del Evangelio es la *Buena Noticia* (o «noticia de lo bueno»). Ambas expresiones –concisas, según el estilo rabínico– contienen un elemento positivo: lo bueno que hemos de salvaguardar como viático sustancial y como esencia del proyecto existencial. La Buena Noticia de Jesús es ésta: «Yo voy a llevar hasta sus últimas consecuencias, a su consumación»; la Buena Noticia de Pablo es ésta: «El Espíritu da vida». El lado oscuro –el negativo– que hemos de señalar como función pedagógica y propedéutica por parte de Jesús es: «No he venido a abolir», y por parte de Pablo: «La letra mata». La clave que deshace los nudos de la tensión entre la letra y el espíritu, entre la libertad y la observancia, entre la ley y la gracia, es el acontecimiento irreversible y renovado de la *nueva alianza* de la que Dios es protagonista.

Pablo cuenta con una experiencia personal de la vitalidad y la plenitud del Espíritu (cf., por ejemplo, Hch 9,17: el día de la «conversión»; 2 Cor 3,17ss: en las lecturas de mañana). Jesús es, verdaderamente, *consumación* y *plenitud*: en la plenitud del tiempo, y nacido bajo la ley, fue enviado por el Padre para rescatar a los que estaban sometidos a la ley y concederles la filiación (cf. Gal 4,4ss); su existencia discurre como consuma-

ción de las Escrituras (Mt 2,23; 26,24; Lc 4,21...); en su último aliento susurra: «*Todo está consumado*» (Jn 19,30); una vez resucitado, se interpreta a sí mismo como un ser obediente bajo la guía de la Ley y de los profetas (Lc 24,25-27.44-48; Hch 1,16).

Esta paráfrasis del axioma de Pablo podría resultarle agradable a la mentalidad de hoy: «Si te quedas en la superficie de la letra, corres el riesgo de bloquear la vitalidad del Espíritu, y, por consiguiente, remitido a la profundidad de la creatividad espiritual». Y lo mismo cabe decir del axioma de Jesús: «Ve siempre más allá, madurando en la libertad de quien, en obediencia y con su testimonio, sirve al Reino de los Cielos».

ORATIO

«Santo es el Señor, nuestro Dios» (del salmo responsorial). Reconocemos, Señor, tu santidad en tu amor por la justicia y en tu voluntad, que ha establecido lo que es recto.

Te damos gracias por la paciencia con que perdonas nuestras superficialidades, los usos despreocupados y los abusos de nuestras míseras libertades, la presunción de abolir detalles e incluso fragmentos sustanciosos de leyes y profetas. Fortalece nuestra disponibilidad, unas veces tímida y otras enérgica, para seguir a quienes nos vas enviando como guías que reflejan en su rostro el fulgor del Espíritu y como testigos de la gran importancia que tiene perseverar en la custodia laboriosa de tu alianza con nosotros y de nuestra alianza contigo, que eres el Santo, Señor, Dios nuestro.

Que nos acompañen Jesucristo, tu Hijo y nuestro Señor, en el cumplimiento del servicio en el Reino de los Cielos, y el vigor de tu Santo Espíritu, en la maduración de la vida verdadera que él nos da.

CONTEMPLATIO

Qué admirable es el Espíritu Santo y qué grande y poderoso se muestra en sus dones. Vosotros, que estáis reunidos aquí, pensad un poco cuántas almas somos. Y él obra en cada una de la manera apropiada: presente en medio de vosotros, ve las disposiciones de cada uno, conoce los pensamientos y la conciencia, todo lo que decimos y lo que pensamos. Considerad, vosotros que tenéis una mente iluminada por él, cuántos cristianos hay en esta parroquia, cuántos en toda la provincia y cuántos en toda Palestina. Extended ahora la mirada a todo el Imperio romano y, desde el Imperio, a todo el mundo: persas, indios, godos, sármatas, galos, hispanos, moros, libios, etíopes y todos los otros cuyo nombre ignoramos. Ved ahora en cada uno de estos pueblos los obispos, sacerdotes, diáconos, monjes, vírgenes y otros laicos, y fijaos en el gran Pastor dispensador de las gracias. Fijaos cómo, en todo el mundo, a uno le da la pureza, a otro el amor a la pobreza, a otro aún el poder de expulsar a los espíritus. Y del mismo modo que la luz ilumina con un solo rayo, así ilumina el Espíritu a todos los que tienen ojos para ver (Cirilo de Jerusalén, *Catequesis*, 16).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*La letra mata, mientras que el Espíritu da vida*» (2 Cor 3,6).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¡El testimonio! Aquí se encuentra el verdadero desafío que se pide al hombre de hoy para ser creíble. No se pide hoy grandes «maestros», sino más bien «testigos» válidos, en la realidad

del tejido familiar, eclesial, cultural y social [...]. Hoy nos viene desde más partes la invitación a que seamos creíbles y a que demos testimonio con la vida de aquello en que creemos [...]. Jesús dijo varias veces a sus discípulos que fueran a anunciar la paz y se sentaran a la mesa con los otros en nombre de la paz, compartiendo los bienes. Aquí se encuentra el núcleo esencial del testimonio cristiano, que tiene como raíz el compartir con los pobres nuestros propios recursos, pensando que somos hijos del mismo Padre y tenemos derecho a alimentarnos de las mismas cosas, fruto del amor de Dios. Y sobre esto seremos juzgados un día: sobre cómo hemos tratado a los pobres, a los necesitados, a los olvidados, a los marginados, a los prófugos, a todos los que han sido golpeados por las injusticias y se ven obligados a languidecer en la pobreza más negra (A. Bertacco, *La vita come avventura nel perimetro della nostra storia*, Vicenza 2000, pp. 182-184, *passim*).

Jueves

10ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 3,15-4,1.3-6

Hermanos: ^{3,15} Hasta el día de hoy, en efecto, siempre que leen a Moisés permanece el velo sobre sus corazones; ¹⁶ sólo cuando se conviertan al Señor desaparecerá el velo. ¹⁷ Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor hay libertad. ¹⁸ Por nuestra parte, con la cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosa, como corresponde a la acción del Espíritu del Señor.

^{4,1} Por eso, sabiendo que Dios, en su misericordia, nos ha confiado este ministerio, no nos desanimamos. ³ Y si la Buena Nueva que anunciamos está todavía encubierta, lo está para los que se pierden, ⁴ para esos incrédulos cuyas inteligencias cegó el dios de este mundo para que no vean brillar la luz del Evangelio de Cristo, que es imagen de Dios. ⁵ Porque no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús. ⁶ Pues el Dios que ha dicho: *Brille la luz de entre las tinieblas*, es el que ha encendido esa luz en nuestros corazones, para hacer brillar el conocimiento de la gloria de Dios, que está reflejada en el rostro de Cristo.

➔ El leccionario prosigue la escucha de la interpretación con la que el apóstol Pablo desentraña la historia corriente de Israel y el futuro: «*sólo cuando se conviertan al Señor [Jesucristo]*» (3,16), desaparecerá el velo que cubre el corazón de los israelitas, o sea, que también ellos reconocerán que ha sobrevenido la nueva alianza, la que ha perfeccionado la alianza antigua dada con la mediación de Moisés, «el hombre del velo sobre el rostro» (cf. Ex 34). Esta visión paulina se hace más comprensible leyendo asimismo 2 Cor 3,12-14 y 4,2 (versículos omitidos por el leccionario).

La alegoría o metáfora de la cara cubierta/descubierta sirve de base a toda la argumentación del apóstol. De una manera no excesivamente velada, Pablo se imagina a sí mismo como un Moisés, aunque mediador del glorioso «*Evangelio de Cristo*» (4,4). Su orgullo está forjado a partir de un sano realismo: la misericordia de Dios está en el origen de su propio ministerio de evangelización. Su determinación se ha ido forjando a partir de dificultades y no pierde el ánimo. El método del servicio apostólico se basa en el radicalismo: anuncia de una manera abierta la Verdad –cueste lo que cueste–, lejos de subterfugios, manipulaciones, protagonismos personalistas. El contenido del Evangelio-verdad es abierto y luminoso: si permanece velado, la responsabilidad recae sobre los que están ciegos y son súcubos del «*dios de este mundo*»: éstos son los «rebeldes» en quienes obra el «enemigo» de Cristo y del Evangelio, el Satanás que concentra todas las contrariedades contra la nueva alianza, el fautor de muerte mediante los pecados (cf. Ef 2,1ss).

La argumentación se inserta entre una autobiografía gratificante y una teología trinitaria (más alusiva que orgánica esta última). La articulación de esta teología trinitaria se explicita a través de los nombres divinos. En primer lugar, está el *Dios de la creación*, aquel que dijo «*brille la luz*» (Gn 1,3), en cuya presencia se descubre

toda conciencia (Rom 8,27). A continuación, está *Cristo, el Señor*, en cuyo rostro brilla la gloria divina, o sea, aquel que lleva en sí mismo como mesías la presencia divina (Is 40,2), sustancia del anuncio evangélico y él mismo Evangelio-palabra (Jn 1,1.14). Por último, está *el Espíritu*, el Señor que actúa en libertad descubriendo el conocimiento de la gloria divina y llevando a cabo la transformación del hombre, modelado progresivamente en la misma gloria divina.

Evangelio: Mateo 5,20-26

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁰ Os digo que si no sois mejores que los maestros de la Ley y los fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos. ²¹ Habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: *No matarás*, y el que mate será llevado a juicio. ²² Pero yo os digo que todo el que se enfade con su hermano será llevado a juicio; el que le llame estúpido será llevado a juicio ante el sanedrín, y el que le llame impío será condenado al fuego eterno. ²³ Así pues, si en el momento de llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja allí tu ofrenda delante del altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano; luego, vuelve y presenta tu ofrenda. ²⁵ Trata de ponerte a buenas con tu adversario mientras vas de camino con él; no sea que te entregue al juez, y el juez al alguacil, y te metan en la cárcel. ²⁶ Te aseguro que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último céntimo.

➔ La conexión de la perícopa de hoy con el fragmento precedente (Mt 5,17-19) acompaña, como sobre un itinerario nivelado, al discípulo de Jesús que escucha el desarrollo del mensaje de su Maestro concerniente a las bienaventuranzas. Éste se irá desarrollando, sucesivamente, siguiendo una secuencia de resortes autónomos que encuentran, no obstante, su motivación en estas premisas. Quien sigue a Jesús –que no pretende abolir nada de la ley ni de los profetas, sino, al contrario, llevarlos hasta sus últimas consecuencias–, no puede hacer

otra cosa más que superar los tipos de «*justicia*» –o bien la relación con el proyecto que se rige por las sumisiones– precedentes, exteriores y superficiales, selectivas y anacrónicas, como las exaltadas por los maestros de la Ley y los fariseos: quien sigue a Jesús deberá activar su conciencia de haber entrado en el «*Reino de los cielos*» –a saber: en el discipulado progresivo del Evangelio y en el seguimiento definitivo de Cristo– a través del don de la justicia-justificación.

El proyecto radical de Jesús se perfila a través de la confrontación entre un mínimo y un máximo. El verbo español «superará» traduce el término *perissêuse(i)* del texto griego y el *abundaverit* del latino, reforzados ambos por el adverbio *pléion / plus*: los dos manifiestan la superación en cantidad y en calidad. Es la *sobreabundancia* de justicia (*dikaiosynê*: legalidad, rectitud, corrección, *pietas*), ese *tot* en más y en mejor que identifica no a cada hombre, sino al discípulo de Jesús, lo que asegura que el que tiene hambre y sed de justicia será saciado (Mt 5,6).

Los tres escalones sucesivos presentan tres ejemplos de la *sobreabundancia de justicia*, que es como el estatuto del Reino de los Cielos; prosiguen además estos escalones la manifestación de las bienaventuranzas evangélicas. Éstas se mueven entre el sentido común y el radicalismo. Aislar al asesino o arreglar las controversias con un compromiso, antes de arriesgarse a las consecuencias de perder una causa en el tribunal, son soluciones de sentido común, o sea, de cálculo ventajoso para la colectividad y para cada uno en particular. El estatuto del Reino de los Cielos sobrepasa esas convenciones del sentido común: exige el *radicalismo* de un mensaje y de una apropiación de éste motivadas por la autoridad de quien afirma: «*Habéis oído que se dijo... pero yo os digo*», así como una confianza total en esa autoridad y en el valor del mensaje.

MEDITATIO

Los discípulos han conservado el carácter radical del mensaje de Jesús. Y han dicho, entre otras cosas: «*La caridad no se irrita*» (1 Cor 13,5); «*que vuestro enojo no dure más allá de la puesta de sol*» (Ef 4,26); «*benedicid, no maldigáis*» (Rom 12,14); «*procura practicar la justicia, la fe, la caridad, la paz, con los que invocan al Señor de todo corazón*» (2 Tim 2,22); «*un siervo del Señor no debe ser buscapleitos, sino condescendiente con todos*» (2 Tim 2,24).

No basta sólo con el «no» a la fraternidad cainita (*no matar*), con el «no» a la injuria y a la denigración (es un *estúpido*, es un *loco*), con el «no» a la culpabilización del otro (*si tiene algo contra ti*), con el «no» a la soberbia (*ponte de acuerdo con tu adversario*), sino que hace falta, sobre todo, el «sí» a lo positivo, que induce al discípulo de las bienaventuranzas a buscar y a secundar una «mayor justicia». Un ejemplo de esa dimensión positiva es la *humildad*. El hombre humilde es lo contrario de la casuística ejemplificada por el mismo Jesús. El fin que persigue Jesús no es, qué duda cabe, la humildad, o bien un gesto, un signo, una «cosa»; su objetivo es que *lleguemos a ser mansos*. La humildad es un ámbito del proyecto del Reino de los Cielos sembrado en la tierra, que sigue siendo herencia de los humildes, de aquellos a quienes Jesús llamó «*bienaventurados*». Jesús no dio ninguna descripción de la humildad ni definió al humilde, porque él mismo se ofreció como testimonio vivo: «*Aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón*» (Mt 11,29).

Sin embargo, la humildad es algo visible, es la presencia de una gracia: en efecto, uno de los frutos del Espíritu es la humildad (*cf.* Col 5,22). Pablo afirma que «*el Señor es el Espíritu*» (la teología trinitaria conoce la distinción entre las personas y la igualdad entre ellas); dice que «*donde está el Espíritu del Señor hay libertad*» (2 Cor 3,17). Este aforismo es fascinante y preocupante.

La apropiación indebida del vocablo corre el riesgo de servirse de la libertad para encubrir la malicia (1 Pe 2,16). La docilidad a la acción del Espíritu de la verdad nos encamina hacia la libertad (Jn 8,32), hacia la verdadera libertad que Cristo –el Hijo– está en condiciones de darnos (Jn 8,36). La conciencia de poseer la justicia/justificación nos revela que ya no somos esclavos sometidos a la ley, sino hombres libres bajo la gracia (Rom 6,14). Sin el Espíritu del Señor no hay libertad: él es libre, «*el Espíritu es la libertad*».

ORATIO

«La gloria del Señor habitará en nuestra tierra» (del salmo responsorial). Danos, Señor, ojos para verla. Espíritu Santo de Dios, ilumina mi conciencia y hazla dócil a tu voluntad hasta el punto de que secunde la misericordia y la salvación que me das, para que desaparezca el velo que ofusca la visión de la divina gloria.

Señor Jesucristo, guía mis pasos por el camino de la justicia, y que ésta se haga visible en signos de amor, de servicio, de devoción.

Padre bueno, perdona mi lentitud en la conversión al Evangelio, los egoísmos de mi libertad, los desánimos, los disimulos, las falsificaciones de tu santa Palabra, todas las ocasiones que he perdido de hacer obras de justicia como los «justos» evangélicos en el seguimiento del «justo» Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro.

CONTEMPLATIO

Según dice san Pablo (Heb 1,3), el Hijo de Dios es resplandor de su gloria y figura de su sustancia: *Qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae ejus*. Es, pues,

de saber que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fue darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis (1,31) por estas palabras: *Vidit Deus cuncta, quae fecerat, et erant valde bona* («Miró Dios todas las cosas que había hecho, y eran mucho buenas»). El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su Hijo; y no sólo les comunicó el ser y gracias naturales, como habemos dicho, mirándolas, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural; lo cual fue cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente a todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios (12,32): *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*; esto es: «Si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré a mí todas las cosas»; y así, en este levantamiento de la encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección según la carne, no solamente hermosteó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad (Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 5).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*Donde está el Espíritu del Señor hay libertad*» (2 Cor 3,17).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En Jesús, la esperanza que tenemos en Dios de una sociedad no violenta ejemplificada en el «sermón del monte», en los resúmenes de los Hechos de los apóstoles y en los paréntesis apos-

tólicos, se nos da como posible, como signo y germen del Reino plenamente esperado de la paz, de la alegría y de la justicia (Rom 14,17). De ahí se sigue que la afirmación de nuestra propia identidad cristiana, entendida rectamente, nunca puede producir ni opresión ni muerte. Las categorías amigo-enemigo, bueno-malo, justo-injusto, varón-hembra, judío-griego, religioso-ateo, rico-pobre... han sido superadas, y la orientación procede de un Espíritu que no conoce otra categoría más que la de un *agápê* que se convierte en lavado de los pies sin poner excepciones, que se hace don de vida más bien que rapiña de la vida de los otros. Sin embargo, la historia de la Iglesia prueba que nuestra propia identidad ha sido y sigue siendo a menudo desatendida (G. Bruni, en AA. VV., *Al di là del «non uccidere»*, Liscate 1989, p. 57).

Viernes

10ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 4,7-15

Hermanos: ⁷ Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros. ⁸ Nos acosan por todas partes, pero no estamos abatidos; nos encontramos en apuros, pero no desesperados; ⁹ somos perseguidos, pero no quedamos a merced del peligro; nos derriban, pero no llegan a rematarnos. ¹⁰ Por todas partes vamos llevando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. ¹¹ Porque nosotros, mientras vivimos, estamos siempre expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. ¹² Así que en nosotros actúa la muerte y en vosotros, en cambio, la vida.

¹³ Pero como tenemos aquel mismo espíritu de fe del que dice la Escritura: *Creí y por eso hablé*, también nosotros creemos y por eso hablamos, ¹⁴ sabiendo que el que ha resucitado a Jesús, el Señor, nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos dará un puesto junto a él en compañía de vosotros. ¹⁵ Porque todo esto es para vuestro bien, para que la gracia, difundida abundantemente en muchos, haga crecer la acción de gracias para gloria de Dios.

➔ En el *incipit* de la lectura de hoy, Pablo nos habla de «este tesoro» que llevamos en vasijas de barro. Pablo tiene identificada en su mente la realidad precisa del «tesoro». Por consiguiente, éste no se queda en algo genérico, en algo que debamos adivinar de una manera arbitraria: se refiere a la luz que Dios hace brillar en nuestro corazón para hacer resplandecer el conocimiento de la gloria divina que brilla en el rostro de Cristo (4,6, el versículo anterior a la lectura de hoy). Este «tesoro» es el conocimiento/experiencia de Cristo; la «vasija de barro» es la personalidad global del hombre («corazón» equivale a interioridad, conciencia, sentimiento, identidad total).

El *cursus* de la exposición de Pablo vuelve a la autobiografía, aunque el «nos» puede implicar, paradigmáticamente, a muchos otros, incluidos los hermanos de la comunidad de Corinto. En efecto, las situaciones bosquejadas a través de las automemorias paulinas cubren la historia de las Iglesias y la peripecia evangélica de muchísimos discípulos del Señor, de aquel tiempo y de todas las épocas. El símbolo del «tesoro en vasijas de barro» es muy eficaz –hasta el punto de que se ha convertido en proverbio– a la hora de sintetizar las distancias entre la preciosidad y la modestia del recipiente, entre la seguridad del valor y la fragilidad de la conciencia, entre la «fuerza extraordinaria» que viene de Dios y la desnudez de la impotencia humana.

Las insistencias y el recurso a la polaridad para establecer un contraste constituyen un medio estilístico en la didáctica de Pablo. Tiende esta última a dar de inmediato en el signo y a cautivar, de una manera casi provocativa, una atención admirada. Semejante metodología no se abandona al pesimismo ni a la desconfianza respecto a la persona humana, sino que exalta la genialidad divina. El caso personal de Saulo/Pablo explica semejante opción, en parte espontánea y en parte deliberada.

La letanía de las situaciones enumeradas pone de manifiesto lo que decimos. Cada una de ellas presenta verificaciones autobiográficas y narrativas documentadas (*cartas*: por ejemplo, los capítulos 10-12 de esta misma carta; Hechos de los apóstoles). En medio de tanta agitación, en el itinerario de una vida que podría parecer sumamente desgraciada, la «invulnerabilidad» es una especie de salvavidas conceptual y existencial vencedor. Ese término moderno, invulnerabilidad, no forma parte del vocabulario paulino; sin embargo, pinta de maravilla la convicción y la vida diaria de Pablo: la «invulnerabilidad» es como el ámbito «cultural» más firme en la mentalidad del dinámico y monolítico apóstol. Está convencido y sabe por experiencia que, por llevar en el cuerpo la muerte de Jesús, también su vida se manifestará en el mismo cuerpo. La fe fundamental en Cristo resucitado convence de la propia resurrección, como él y con él. La «fuerza extraordinaria» de Dios es razón y certeza de nuestra propia invulnerabilidad.

Evangeliu: Mateo 5,27-32

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁷ Habéis oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. ²⁸ Pero yo os digo que todo el que mira con malos deseos a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. ²⁹ Por tanto, si tu ojo derecho es ocasión de pecado para ti, arráncatelo y arrójalo lejos de ti; te conviene más perder uno de tus miembros que ser echado todo entero al fuego eterno. ³⁰ Y si tu mano derecha es ocasión de pecado para ti, córtatela y arrójala lejos de ti; te conviene más perder uno de tus miembros que ser arrojado todo entero al fuego eterno.

³¹ También se dijo: *El que se separe de su mujer que le dé un acta de divorcio*. ³² Pero yo os digo que todo el que se separa de su mujer, salvo en caso de unión ilegítima, la expone a cometer adulterio; y el que se casa con una separada comete adulterio.

➔ Los dos aforismos, el inicial y el final, del cuadri-nomio didascálico de la perícopa de Mateo constituyen una amonestación que, tomada al pie de la letra, afecta al hombre, al varón. Ni Jesús, al hablar, ni los evangelistas, al escribir, se apartaban de la mentalidad machista hegemónica en su tiempo. El «caso serio» del adulterio, analizado a través de las acciones gloriosas y las ignominias de la condición masculina, al igual que en el Antiguo Testamento, encuentra un puesto relevante y una sensibilidad (innovadora, por otra parte) en la «cultura» neotestamentaria. El mismo Mateo nos referirá la posición y el pensamiento de Jesús sobre el matrimonio y el adulterio, así como sobre la castidad y el celibato, animados por la pureza de corazón, la justicia y la misericordia (Mt 19,1-12).

Tanto el adulterio como el divorcio, también según Jesús, son un fracaso e incluso pecado en cuanto violación del mandamiento divino. Ahora bien, el *radicalismo* (o maximalismo) de Jesús conduce a la raíz del «caso serio» más allá del resultado relacional y de las implicaciones jurídicas: cala en la interioridad, revela la intención, verifica los presupuestos motivacionales y las finalidades morales e inmorales, predice los resultados nefastos. Esa raíz ha de ser sondada y, en su caso, sanada de nuevo. No detenerse en el exterior, sino calar en el interior constituye una constante en la enseñanza de Jesús (cf. Mt 15,11.18ss), a quien no le faltaban conocimientos psicológicos (Jn 2,25b). El caso es «serio» porque infringe una porción del proyecto de Dios, secundado e incluso potenciado por el Evangelio de Jesús.

Las palabras de Jesús graban una novedad sustancial con caracteres indelebiles: se trata de la atención a la mujer, de la valorización de su identidad, de la liberación del sometimiento y de la servidumbre a la tiránica y egoísta sensualidad masculina. Se trata de una sensibilidad, la de Jesús, que, por otro lado, considera asimismo a la mujer como capaz de prevaricación y, al

mismo tiempo, como merecedora o digna de misericordia, con la que él mismo se inclina en favor de la mujer pecadora (Jn 8,1-11). *Jesús está al servicio de todos*, de toda persona.

MEDITATIO

Prosigue el exigente proyecto del *radicalismo*: ni Jesús ni Pablo ceden a medidas a medias o a compromisos.

Los dos aforismos evangélicos centrales ratifican este radicalismo: el éxito definitivo de una vida es la realización integral de nosotros mismos salvaguardando los valores, aunque esto nos cueste amputaciones y podas (cf. Jn 15,2). Estas últimas son *acciones de misericordia* porque salvaguardan la totalidad antes que el detalle; son *acciones de justicia* porque hemos de preferir lo definitivo a lo provisional, los valores a las prevaricaciones. La paradoja de Mateo es traumática como un *ultimátum*: para no precipitar a nadie en el escándalo, suprime y corta las porciones peligrosas de ti mismo. Jesús, como terapeuta, prescribe una operación quirúrgica en las situaciones de riesgo. Más aún, el radicalismo evangélico incentiva las intervenciones preventivas: suprime y corta las células proclives a enfermar. Esta intervención preventiva no es un castigo: si enfermas, el Señor te cura; si pecas, la misericordia paternal de Dios te perdona. Jesús exige propiamente la prevención.

En efecto, «escándalo» y «escandalizar» son dos vocablos que, en el lenguaje de Jesús, indican un máximo de malicia y de daño (cf. el *logion* casi idéntico de Mt 18,8ss, que marca con una condena a muerte a quien escandalice a uno de los pequeños evangélicos). Según el Jesús de Mateo, «escándalo» y «escandalizar» equivalen a contigüidad en obrar la iniquidad (13,41); a interrumpir la maduración de la Palabra de Dios por miedo o fatiga

(13,21); a disuadir a alguien de proseguir en la vocación obediencial al proyecto de Dios (16,23); a equivocarse sobre el mismo Jesús y manipular su mensaje (11,6; 13,56; 15,12; 17,27; 24,10).

Jesús, al formular una paradoja, no instiga a nadie a autolesionarse; lo que hace es animar a la vigilancia, y en primer lugar a que estemos vigilantes a la germinación de posibles escándalos en nuestro mismo interior. Se trata de la *óptima terapia de la prevención*.

ORATIO

«Te ofreceré, Señor, un sacrificio de alabanza» (del salmo responsorial). Te doy gracias, Dios, padre bueno, por la Palabra de Jesús, que cambia las desdichas de la vida en la bienaventuranza de quien ha sido elegido como siervo y puede invocar tu nombre.

Te bendigo, Señor Jesús, por tu resurrección, con la cual has vencido asimismo mi muerte y preparas cada día mi resurrección. Te ofrezco, Espíritu Santo de Dios, como sacrificio de alabanza, mis ojos y mis manos, para que tú, con tu poder extraordinario, me preserves de todo escándalo inferido o padecido y purifiques toda mi humana y particular sensibilidad.

CONTEMPLATIO

Ya te dije que algunos, con el cuchillo de doble filo, que son el odio al vicio y el amor a la virtud, cortan por mi amor el veneno de su sensualidad, y con la luz de la razón mantienen, poseen y adquieren el oro de la virtud en esas mismas cosas mundanas que quisieran poseer. Ahora bien, quien quiere ejercitarse en una gran perfección, las desprecia material y espiritualmente. Esos

tales observan, efectivamente, el consejo [evangélico] dado y dejado por mi Verdad, mientras que aquellos que poseen bienes observan los mandamientos, pero los consejos [evangélicos] los observan de una manera espiritual, no material. Sin embargo, dado que los consejos están unidos a los mandamientos, nadie puede observar estos últimos sin observar los consejos, al menos de una manera espiritual. O sea, que, aunque posee las riquezas del mundo, las posee con humildad y no con soberbia, teniéndolas como algo prestado, no como algo suyo, como dadas a vosotros por mi bondad para que las uséis. De este modo debéis usarlas (Catalina de Siena, *Diálogo de la divina Providencia*, 47).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4,7).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Para entrever algo del amor es preciso situarse más allá del amor, es preciso ir a esa profundidad del alma donde la pasión, aun conservando intacta la densidad de su contenido, libre ahora de toda exaltación carnal, se convierte en el eje inmóvil de una rueda que gira. El amor, trascendiendo el orden sensual, da a la carne una profundidad dotada de un valor insospechado. El amor, clarividente y profético, es ante todo revelación. Hace ver el alma del amado en términos de luz y llega a un grado de conocimiento que sólo quien ama es capaz de alcanzar. El verbo *yâdha'* significa en hebreo tanto «conocer» como «desposar»; de este modo, «amar» significa conocimiento total. «Adán conoció a Eva».

El amor puede contemplar, por detrás de los disfraces, la inocencia original. Su milagro hace desaparecer la lejanía, la distancia, la soledad; nos hace presentir lo que puede ser la misteriosa unidad de los amantes, una identidad heterogénea de dos sujetos (P. Evdokimov, *Sacramento dell'amore*, Sotto il Monte, 3^o 1987, p. 122 [edición española: *Sacramento del amor. Misterio conyugal ortodoxo*, Editorial Ariel, Barcelona 1966]).

Sábado

10ª semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 5,14-21

Hermanos: ¹⁴ Nos apremia el amor de Cristo al pensar que, si uno ha muerto por todos, todos por consiguiente han muerto. ¹⁵ Y Cristo ha muerto por todos, para que los que viven no vivan ya para ellos, sino para el que ha muerto y resucitado por ellos. ¹⁶ Así que ahora no valoramos a nadie con criterios humanos. Y si en algún momento valoramos así a Cristo, ahora ya no. ¹⁷ De modo que si alguien vive en Cristo, es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo.

¹⁸ Todo viene de Dios, que nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. ¹⁹ Porque era Dios el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y el que nos hacía depositarios del mensaje de la reconciliación. ²⁰ Somos, pues, embajadores de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo, os suplicamos que os dejéis reconciliar con Dios. ²¹ A quien no cometió pecado, Dios lo hizo por nosotros reo de pecado, para que, por medio de él, nosotros nos transformemos en salvación de Dios.

➔ El leccionario, sobrevolando por encima de una quincena de versículos centrados sobre todo en torno a la «nostalgia» de «*dejar el cuerpo para ir a habitar junto al Señor*» (4,16–5,13), que se repite en la última etapa de la vida de Pablo, nos presenta la continuación de la reflexión del apóstol sobre la «novedad» brotada de la reconciliación en virtud de la muerte de Cristo por todos.

El itinerario de este fragmento del pensamiento paulino es *crisológico con implicaciones eclesiológicas*. La conexión entre ambas perspectivas, la relación entre Cristo y la Iglesia, se encuentra en la *reconciliación*. Sigue siendo vigorosa la convicción de Pablo, consolidada en su experiencia veterotestamentaria, de que, respecto a Dios, la humanidad pecadora se merece la indignación divina; esta convicción, sin embargo, se ha perfeccionado a través del conocimiento mesiánico de Cristo, el cual se ha convertido en lugar, precio y signo de la reconciliación. En el texto griego, el sustantivo (*katalleghé*) y el verbo (*katallássô*) significan también «permuta» (por ejemplo, de valores venales como el dinero), «acuerdo» (alianza) o «concordia» (proyectar conjuntamente). Estos matices léxicos confirman el acontecimiento de la reconciliación global entre Dios y el hombre a través de un coste y de un intercambio.

La inspiración de Pablo es atrevida: la humanidad sigue siendo pecadora (*pecado-episodio*), pero Dios mismo toma la iniciativa de renovarla y aproximarla transfiriendo el pecado a Cristo (*pecado-situación*). La manifestación más dramática y convincente en el itinerario de la reconciliación es la *muerte de Cristo*, repetición en una única acción definitiva de los sacrificios de la antigua alianza. Sin embargo, la muerte constituye la encrucijada de un itinerario crisológico global puesto en marcha con la encarnación (Gal 4,4ss) y llegado a puerto con la resurrección (1 Cor 15,3-4.20-22). Esta inspiración paulina sobre la reconciliación en Cristo se repite (1 Cor 15, que acabamos de citar; Rom 4-6...) y

ha hecho escuela (de modo señalado en la carta a los Hebreos).

La *consecuencia eclesiológica* se perfila en algunas afirmaciones cargadas de sentido: «*nos apremia el amor de Cristo*» (v. 14); «*lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo*» (v. 17); otorgamiento del ministerio, hacer las veces de embajador (vv. 18.20). La Iglesia «paulina» es la manifestación de la reconciliación a través de Cristo, y espacio de servicio (ministerio, embajadores), de anuncio y activación de la reconciliación.

Evangelio: Mateo 5,33-37

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ³³ También habéis oído que se dijo a nuestros antepasados: *No jurarás en falso, sino que cumplirás lo que prometiste al Señor con juramento.* ³⁴ Pero yo os digo que no juréis en modo alguno; ni por el cielo, que es el trono de Dios; ³⁵ ni por la tierra, que es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran rey. ³⁶ Ni siquiera jures por tu cabeza, porque ni un cabello puedes volver blanco o negro. ³⁷ Que vuestra palabra sea sí cuando es sí, y no cuando es no. Lo que pasa de ahí, viene del maligno.

➔ El breve fragmento del evangelio de Mateo recoge un signo considerable en la relación con el Dios de Israel, un signo crucial en tiempos de Jesús: el juramento y el perjurio. Se trata de una empresa humana comprometida, deliberada, en analogía con la actitud de Dios mismo, que «jura» (Gn 22,16; Heb 6,17...) y que, sin embargo, permanece fiel a su promesa, una promesa que es compromiso en favor del pueblo y de cada individuo (Lc 1,54-55.68-71).

Jesús no pronunció nunca, personalmente, ningún juramento. Los evangelios sólo ponen el verbo «jurar» en sus labios en el marco de alguna polémica y como

contestación respecto a los maestros de la Ley y a los fariseos hipócritas (Mt 23,16-22). La *palabra dada es sagrada* y vinculante, sin implicar a Dios ni a símbolos relacionados con él (como el cielo y la tierra o la ciudad santa de Jerusalén), ni hipotecando la propia cabeza del que jura. En efecto, el que jura no es dueño de nada. Jesús se muestra claramente contrario al juramento y, como es obvio, también al perjurio. Jesús se compromete con la autoridad de su propia palabra: «*En verdad os digo...*»; «*habéis oído que se dijo... pero yo os digo*». Su *Palabra* es mensaje y contiene valores, pero su identidad también es *Palabra*, Verbo que ha puesto su morada en la humanidad (Jn 1,14). *Jesús compromete su persona*. A los discípulos, a quienes ordena no jurar en absoluto, les entrega este paradigma: su ejemplo.

El vocabulario de Mateo emplea aquí dos verbos. Uno está tomado de una cita veterotestamentaria relacionada no con el juramento, que entonces era considerado lícito, sino con el perjurio, y es «no jurarás en falso» (literalmente: *uk epiorkéseis*; cf. Nm 30,3; Dt 23,22; Ecl 5,3-5), o bien respeta el juramento, mantén las condiciones, cumple la «cosa» empeñada. El otro verbo está formulado en una forma negativa absoluta; al pie de la letra, «no jurar en absoluto», donde el verbo griego (original) alude también a la confirmación con un juramento, a prometer con voto, a implicar a otros –incluso sin saberlo o reacios– como garantes o testigos de nuestro propio compromiso. Jesús se muestra asimismo radical con las situaciones comprometedoras: no sólo disuade del perjurio, señalado siempre como felonía, traición, cobardía, sino que corta en su raíz la causa o el riesgo de la situación de infidelidad. Sustituye el ritual de los juramentos por la responsabilidad de la propia palabra. El juramento implica a otros, tal vez incluso al mismo Dios; el «sí-sí» / «no-no», expone a la propia persona. *Jesús prefiere el compromiso personal del propio individuo*.

MEDITATIO

Este mensaje podría configurar la *bienaventuranza del «sí-sí» / «no-no»*. Jesús espera de los discípulos la claridad de convicciones y la determinación del «sí-sí» y del «no-no» en su conducta. De su vocabulario y de su conducta está excluido el «*ni sí ni no*», una expresión nueva que representa una síntesis puntual de ciertas corrientes invasoras dotadas de una mentalidad de equilibrismo, indeterminaciones y medias tintas, de nebulosos dejar para mañana, de la holgazanería de personalidades plasmadas en la solidez del ectoplasma. La exigencia de responsabilidad y coherencia por parte del *rabí* de Nazaret roza la intolerancia: lo que está más allá del «sí-sí» / «no-no» viene del maligno.

El «*pero yo os digo*» remite a la autoridad de sus palabras y, sobre todo, a la autoridad de su personalidad. El apóstol Pablo descubrió que, en Jesús, «*todo ha sido sí, pues todas las promesas de Dios se han cumplido en él*» (2 Cor 1,19ss). La concisión adverbial de Jesús y de Pablo se dilata en la catequesis –en parte implícita– sobre la *responsabilidad activa y existencial individual*. Pablo ilumina un ámbito concreto y también visible de esa responsabilidad: «*Nos apremia el amor de Cristo*». La construcción sintáctica tanto en griego como en latín, y también en español, permite una doble interpretación completiva: nos apremia el amor que tiene Cristo y nos impulsa el amor que tenemos a Cristo. La intuición paulina capta la sinergia Señor Jesús-discípulo, Cristo Señor-Iglesia. *El amor que tiene Cristo* consigue la reconciliación sacando del hombre el pecado-situación y cargándolo en la cruz de su muerte (aunque el pecado-episodio subsiste como herencia y «tentación» o prueba). *El amor que tenemos a Cristo* nos apremia a dar valor a la reconciliación, convirtiéndonos por medio de él en justicia de Dios y poniéndonos a su servicio como embajadores de Cristo.

ORATIO

Señor Jesús, tú nos dijiste que el Padre amó tanto al mundo que te envió a ti, su Hijo unigénito, para que creamos en ti y no muramos, sino que tengamos la vida eterna (Jn 3,16): *escúchanos, Señor.*

Señor Jesús, tú nos dijiste que habías venido no para condenar, sino para salvar al mundo (Jn 12,47): *escúchanos, Señor.*

Señor Jesús, tú nos dijiste que el Consolador –el Espíritu de la verdad– vencerá al mundo de pecado, que no cree en ti (Jn 16,7ss): *escúchanos, Señor.*

Señor, tú eres bueno y grande en el amor: escucha la confesión de nuestros pecados cotidianos y perdónalos; escucha nuestra disponibilidad al servicio de tu Reino y acompáñanos; escucha nuestra sed de conocimiento espiritual e ilumínanos.

CONTEMPLATIO

Dijo después [Dios]: «Quiero mostrarte algo de mi poder». Al instante se me abrieron los ojos del alma. Y vi la plenitud de Dios, en la cual abrazaba a todo el mundo, a saber: más allá del mar, más acá del mar y el abismo y el mar y todo lo demás. Y en todo esto no discerní más que el poder divino de un modo inenarrable. El alma, llena de admiración, gritó diciendo: «Este mundo está repleto de Dios». Y abracé el mundo entero como si fuera una cosa pequeña, a saber: más allá del mar, más acá del mar y el abismo y el mar y todo lo demás, como si fuera poca cosa, pero el poder de Dios excedía y lo llenaba todo. Y me dijo: «De este modo te he mostrado algo de mi poder». Comprendí que de aquí en adelante comprendería mejor el resto. Entonces me dijo: «Ahora mira la bajeza». Y vi una bajeza tan pro-

funda del hombre respecto a Dios, que el alma, comparando aquel poder inenarrable y aquella profunda bajeza, estaba llena de admiración y se consideraba a sí misma como nada y en su nada no veía en sí misma más que soberbia (Angela de Foligno, *Il libro delle rivelazioni*, 9: *Contemplazione della potenza divina*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«Pero yo os digo que no juréis en modo alguno» (Mt 5,34).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Mi mandamiento es éste: amaos los unos a los otros, como yo os he amado» (Jn 15,9-10.12). Podemos pensar: ¡lo importante es amar! («El que ama al prójimo ha cumplido la ley»: Rom 13,8). En realidad, no es posible una comprensión plena del amor al prójimo si no lo insertamos en el marco más amplio del amor a Dios. Es el amor a Dios el que pone en movimiento el dinamismo eficaz y amplio que tiende a llegar a todos los hombres. Por consiguiente, el amor brota de la voluntad originaria del Padre (G. Pasini, *Al di sopra di tutto. Meditazioni per una carità incarnata nella storia*, Molfetta 1996, p. 13).